

E 101

C 7
1892
V. 2

LOS DERECHOS EXCLUSIVOS DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LA PRESENTE OBRA
SON PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO
RODRIGO DE LLANO

LOS SUCESORES DE COLÓN

Al poco tiempo del regreso de Colón de su primer viaje, ya el rey Fernando de España pensaba que los contratos hechos con el Almirante eran para él altamente incómodos, pues le dificultaban en gran modo la explotación por cuenta propia de los nuevos países descubiertos. Sobre todo la condición de que no se permitiese á nadie navegar por los mares de la India, y que éstos fuesen sólo exclusivo monopolio del genovés, era decidido obstáculo para la pronta explotación de las supuestas Indias. Este punto del contrato fué también el primero que quiso quitar de enmedio el poco escrupuloso monarca, dando permiso en la primavera del año de 1495 á todo el mundo que quisiera hacer una travesía á las Indias con tal de que los emprendedores pagasen á la corona la parte que estipulaba de los beneficios que les reportasen sus viajes, desatendiendo con esto completamente los párrafos del contrato celebrado con Colón. Como es natural, alzóse éste contra tal arbitrariedad, considerándola como una grave ofensa á sus derechos, y consiguió que en el verano del año de 1497 se derogase el edicto real. Pero que esta derogación no era formal, sino que, por el contrario, el rey Fernando no pensaba ni remotamente en impedir ni dificultar en modo alguno las empresas de aquellos aventureros que quisieran explotar las regiones ultramarinas, había de verse claramente cuando Colón mandase el informe de su tercer viaje y grandes descubrimientos en la costa de Paria. Acompañando á este informe había enviado Colón á la corte gran cantidad de valiosas perlas y objetos de oro, con lo cual, y con las entusiastas descripciones que había de aquellos países, se comprenderá que se avivase el deseo de personas emprendedoras de adquirir los tesoros de aquellas regiones apenas descubiertas.

El primero que elevó una solicitud de esta clase fue Alonso de Ojeda, aquel caballero que acompañó á Colón en su segundo viaje, y que se había distinguido diferentes veces durante el mismo.

Ojeda es en la historia de los descubrimientos españoles una personalidad demasiado simpática para que no nos ocupemos minuciosamente en ella.

Descendiente de una noble familia de Castilla la Nueva, había tenido

hartas ocasiones en la servidumbre del duque de Medinaceli, durante la sangrienta y larga guerra contra los moros, de demostrar su intrepidez y fortaleza, y proporcionarse una excelente escuela en el manejo de las armas. Estaba familiarizado como pocos con el uso de la espada y de la lanza; en todos los ejercicios corporales demostraba desacostumbrada fuerza y seguridad; era un excelente jinete y un ágil combatiente á pie; nadie le aventajaba en valor temerario é intrepidez osada. Su vida entera es una cadena de hazañas y aventuras extraordinarias.

Lo que demuestra su temeridad es el hecho de que, habiendo subido un día la reina Isabel con su comitiva á la torre de la catedral de Sevilla, Ojeda, á fin de ver bien la multitud desde arriba, subióse en una viga que sobresalía á más de seis metros fuera de la torre. Con la mayor seguridad caminó en aquella vertiginosa altura hasta llegar al remate de la viga, dando la vuelta allí sobre un pie para volver por el mismo camino al lado de la reina, que se hallaba presa de la mayor ansiedad é inquietud.

Una aventura aún más temeraria fué la captura del cacique indio Caonabo, del cual se apoderó con la mayor serenidad estando éste en medio de millares de sus guerreros.

Como hemos mencionado en el relato del segundo viaje de Colón, aquel cacique era un gran peligro para las colonias, siendo su alejamiento de aquellos sitios de imprescindible necesidad. ¿Mas cómo hacer inofensivo al poderoso cacique?

Mientras los españoles se devanaban los sesos buscando solución á este difícil problema, ya lo había resuelto Ojeda. Acompañado tan sólo de diez hombres bien armados habíase presentado un día á caballo en medio del campamento de Caonabo, distante sesenta leguas de las colonias, para establecer, según parecía, tratos amistosos con el cacique. Por la circunstancia de haberle prometido como prenda de paz la campana de la capilla de Isabela, que era extraordinariamente admirada por los indios, no sólo supo captarse Ojeda la benevolencia del cacique, sino vencerle también de que fuese á Isabela, donde se terminarían las negociaciones de la paz. Pero si Ojeda llegó á creer que el cacique haría el viaje con poco acompañamiento sufrió una decepción al ver que Caonabo emprendía la marcha á las colonias á la cabeza de todo su ejército.

A pesar de esto, había de ser el cacique durante la marcha víctima de la astucia de Ojeda. Un día enseñóle este último un par de esposas de acero bruñido, asegurándole que éstas eran una distinción especial que sólo en grandes fiestas llevaba la reina de España. Ofrecióselas como regalo á Caonabo, y el incauto cacique se las dejó poner, y hasta montó voluntariamente en el mismo caballo de Ojeda y detrás de éste para aparecer ante sus guerreros con aquel adorno regio. Pero en vez de entrar en

el campamento indio hizo de repente Ojeda, acompañado de sus hombres, una evolución con el caballo, se apoderó por completo del cacique, que estaba ya medio preso, y lanzóse al galope, seguido de sus fieles, hacia las lejanas colonias, donde pudo entregar á Colón su prisionero después de muchos peligros y penalidades.

Tal era el heroico carácter de Ojeda, que no retrocedía ante ningún peligro.

Cuando Colón volvió en el año de 1496 por segunda vez á España de regreso de su viaje, acompañábale también Ojeda, mas no se hallaba entre su servidumbre en el tercero. Permaneciendo en la corte española, y siendo favorito del obispo Fonseca, que era el director de los asuntos de la India, fué impuesto por éste en los informes dados por Colón sobre sus grandes descubrimientos hechos en la tan rica en perlas costa de Paria, y estos informes exaltaron de tal manera el aventurero espíritu de Ojeda, que formó el plan de emprender por cuenta propia una expedición á aquellos ricos países. Todas las circunstancias habían de mostrarse propicias al buen éxito de esta expedición; Colón había caído ya casi totalmente en desgracia en la corte.

Con recelosos ojos seguía el rey Fernando todos sus movimientos, prestando oído demasiado propicio á las sospechas de los enemigos del Almirante. Los contratos llevados á efecto con éste se le iban haciendo cada vez más insostenibles, pues se había acostumbrado á mirarlos como cadenas, é indudablemente hubiera prescindido del todo de ellos á haber podido hacerlo sin menoscabo de la dignidad real. Si ya había demostrado el rey Fernando por el edicto dado en la primavera del año de 1495, concediendo permiso á todo el mundo para ir á la India, que no se cuidaba gran cosa de compromisos para él tan pesados, indudablemente que proposiciones de la índole de la de Ojeda merecían por completo su aprobación.

Si bien el nombre del rey Fernando no aparece debajo del escrito por el cual obtuvo Ojeda el permiso para hacer aquella travesía, se comprende que estuviera conforme por cuanto llevó éste en su viaje una copia de aquella carta geográfica que hizo Colón durante su tercer viaje de Trinidad y de la costa de las perlas de Paria. Un poderoso protector tenía además Ojeda en la persona del obispo Fonseca, el cual le había dado el resguardo del permiso para su empresa. Este permiso sólo imponía una condición, y era que Ojeda no podía visitar aquellas regiones que habían sido descubiertas por Colón hasta el año de 1495.

Con este pleno poder, y con las recomendaciones de Fonseca, no le fué difícil al joven caballero encontrar algunos capitalistas que le ayudasen en su empresa; del mismo modo pudo adquirir bastantes de los marinos

que habían acompañado á Colón en su travesía á lo largo de la costa de Paria, y que acababan de llegar, entre ellos el piloto Juan de la Cosa, que le había acompañado en su segundo viaje. Agregóse además á la expedición Américo Vespucio, aquel florentino que más tarde, á causa de sus vivas descripciones, logró que su nombre fuese conocido en el mundo entero.

Bien aparejada, el 20 de mayo de 1499 se hizo á la mar desde el puerto de Santa María la flota de Ojeda, compuesta de cuatro barcos, y siguiendo las indicaciones de la carta de Colón llegaron al cabo de veinticuatro días de navegación al Continente Sudamericano, á las costas de Surinam. Siguiendo la llana costa en dirección Norte, llegaron primero á las embocaduras de los ríos Esequibo y Orinoco, admirándose sobremanera al ver que las grandes masas de agua que éstos afluían al mar endulzaban las de éste en una gran distancia.

Maravillosos paisajes se descubrían por todas partes ante los ojos de los descubridores. Los poderosos ríos mostrábanse rodeados de ilimitados bosques vírgenes, impenetrables al parecer; en mil formas diversas una exuberante vegetación cercaba los gigantescos árboles cubiertos de musgo, cuyas envejecidas ramas estaban entretrejidas por plantas trepadoras y matizadas orquídeas. Diferentes especies de palmeras erguían sus esbeltos troncos sobre la espesura, reflejando sus copas en las oscuras ondas de los silenciosos canales de ambos lados, cubiertos de maravillosas plantas acuáticas.

Doscientas leguas navegaron bordeando esta magnífica costa hasta llegar á la del país de Paria, cuyos habitantes están descritos más detenidamente por Américo Vespucio. Estos eran una rama de los caribes, altos, fuertes, bien formados y familiarizados con el manejo de arcos, lanzas y rodelas. Sus viviendas en forma de campana estaban hechas de ramas y hojas de palmera, y ofrecían excelente abrigo contra el viento y la lluvia. Algunas de ellas eran tan grandes que podían dar cabida á seiscientas personas; y si hemos de creer las afirmaciones de Vespucio, en un solo lugar hallaron ocho de estas casas, que todas juntas podían albergar á cerca de diez mil hombres.

Las riquezas de estos salvajes consistían en perlas, piedras de colores, magníficas plumas de las aves tropicales y diferentes ornatos y objetos de adorno hechos de huesos de pescados.

No permanecieron mucho tiempo en aquellas costas, sino que, pasando por la temida Boca del Dragón, se dirigieron á la isla Margarita, que ya había sido descubierta por Colón, y que poseía gran riqueza en perlas; investigáronla con mayor detención y cruzaron otra vez el Continente, cuyos numerosos ríos encontraron llenos de aligátos.

Después que á instancias de los indígenas libraron felizmente una ba-

talla contra los caribes, navegaron más hacia Occidente y descubrieron la isla de Curazao, llegando poco después á la entrada de aquel extraño golfo formado por las dos penínsulas de Paraguana y Guajira, y que es conocido con el nombre de golfo de Venezuela. Este golfo está en comunicación por medio de un estrecho en forma de zizás con el poderoso lago de Maracaibo, que se extiende muy al interior del continente, y en cuya costa occidental, en el sitio donde más tarde se elevó la ciudad de Maracaibo, vieron un pueblo indio compuesto de veinte chozas, que excitó por su construcción especial el interés de los españoles. Todas las chozas, que tenían



Antiguas vasijas de barro de Venezuela

la forma indicada, estaban hechas sobre una empalizada en forma de parrilla profundamente enclavada en el légamo del lago. La comunicación entre las diferentes casas se efectuaba por medio de canoas y puentes levadizos; estos últimos podían ser elevados con facilidad en el caso de un ataque del enemigo. Estas raras construcciones de empalizadas, que hay que advertir que conservan aún los indios de la península de Guajira, recordaron tanto á los españoles la maravillosa ciudad de Venecia, que dieron al pueblo indio el nombre de «Venezuela», el cual nombre se extendió más tarde por toda la costa, transmitiéndose también á toda la república que comprende ésta.

Con los habitantes de este extraño pueblo tuvieron un sangriento encuentro, que terminó con la rendición y fuga de los indígenas. Más tarde lograron establecer un tráfico amistoso, durante el cual rivalizaron los in-

dígenas en demostrar á los para ellos portentosos extranjeros los mayores honores y atenciones.

Después que Ojeda hubo dedicado algún tiempo á investigar en todas sus partes aquel hermoso lago, prosiguió su travesía á lo largo de la costa Sudamericana hasta llegar á un hermoso promontorio que remataba á bastante distancia dentro del mar y al que dió el nombre de Cabo de la Vela.

Aquí pusieron término á los viajes de exploración, pues tanto el mal estado de los barcos como la escasez de provisiones hicieron pensar en el regreso. Navegando directamente hacia el Norte alcanzaron la costa de la Española después de siete días de navegación, y Ojeda, haciendo caso omiso de la prohibición de no desembarcar en ninguna de las islas descubiertas por Colón hasta el año de 1495, envió á tierra parte de la tripulación de sus barcos para cortar una carga de palo campeche, puesto que los beneficios del viaje hasta entonces habían sido muy insignificantes, en contra lo que se esperaba.

Por más que los barcos de Ojeda hubiesen anclado en una parte muy inhospitalaria de la isla, llegó, sin embargo, la noticia hasta Santo Domingo, dando lugar á diversos embustes, que no hicieron más que aumentar las muchas pendencias que tenía que sostener entonces Colón con Roldán y su gente. Ojeda vióse al fin obligado á abandonar la isla que contra todo derecho había ocupado. Continuó su viaje, según toda probabilidad, á través del grupo de las islas Bahamas, de las que secuestraron algunos centenares de indígenas para venderlos en España como esclavos. En junio del año de 1500 entró otra vez la escuadrilla en el puerto de Cádiz, pero los beneficios obtenidos en este viaje fueron tan insignificantes que, descontados todos los gastos, quedaron sólo 500 ducados para repartir entre 55 personas.

Incomparablemente mayores que los materiales fueron los resultados geográficos obtenidos del viaje de Ojeda, pues la suposición de Colón, de que las costas de Paria pudiesen ser un continente, convirtiéndose casi en certeza, la cual por último confirmaron las investigaciones de los españoles Pedro Alonso Niñón y Cristóbal Guerra, que abandonaron el puerto de Palos algunos días después que Ojeda para buscar riquezas en los mares occidentales. Guiándose también por la carta geográfica de Colón hicieron á la vela con un solo barco y 33 tripulantes, siendo tan feliz el resultado del viaje que en abril del siguiente año volvieron cargados de tesoros á España.

Si bien con este viaje no fueron descubiertos nuevos é inexplorados territorios, en cambio una tercera expedición, emprendida también el año de 1499, fué, por el contrario, incomparablemente significativa é importan-

te. Fué dirigida por Vicente Yáñez Pinzón, que había sido comandante de *La Niña* durante el primer viaje de Colón. Con cuatro barcos abandonó, á principios de diciembre, el puerto de Palos, pasó el Ecuador tomando rumbo Sudoeste, y el 29 de diciembre del año de 1500 vieron en lontananza un promontorio al que pusieron por nombre Santa María de la Consolación, (hoy cabo de San Agustín). Allí desembarcó Pinzón para tomar posesión en toda regla del nuevo país descubierto.

Que este país estaba habitado, no sólo lo demostró el hecho de haber hallado huellas de pies humanos, que parecieron de extraordinario tamaño á los españoles, sino el resplandor de grandes fogatas que eran visibles á larga distancia por la noche, y que procedían de un lugar algo apartado de la isla. No consiguieron entrar en tratos pacíficos con los indígenas, sino que tuvieron que sostener con ellos numerosas escaramuzas, en las cuales fueron muertos algunos marineros, apoderándose además los indígenas de uno de los botes. Navegando con rumbo Norte llegaron, después de haber caminado 40 leguas, á un sitio en que el agua del mar era tan dulce que pudieron llenar los vacíos toneles con agua completamente potable.

Como se hallaban á 40 leguas de distancia de tierra, claro es que debían de hallarse frente á la embocadura de un inmenso y caudaloso río, pues no era posible interpretar de otro modo esta extraña aparición. ¿Quién puede describir el asombro de los descubridores al ver que acercándose á tierra entraron al cabo de algún tiempo en aquella embocadura de río sembrada de islas, que tenía más de 30 leguas españolas de extensión, y cuyas orillas se divisaban á larguísima distancia como débiles y pálidas líneas?

Era la embocadura del Marañón, río el más potente y caudaloso de todos los de la Tierra, y ante cuya majestad habían de quedar mudos de asombro todos los demás descubridores y viajeros. ¿Quién puede extrañarse de que los sabios de aquel tiempo moviesen incrédulamente la cabeza al oír la descripción que hacían de este monstruoso río los descubridores á su regreso á España, considerándola como fábula, y diesen una explicación á este fenómeno diciendo que sin duda habían tomado equivocadamente á un brazo de mar por un río? Sólo después de haber asegurado los viajeros que cuanto más habían navegado río arriba, más dulce habían encontrado el agua, convenciéronse los incrédulos, y uno de ellos, el cronista Pedro Mártir, dice en sus *Décadas*, presintiendo sin duda, las palabras siguientes: «¿Quién puede impedir á la Naturaleza que cree cosas aún más portentosas que este río?»

Mientras permanecieron en la embocadura del río fueron sorprendidos por un reflujó rápido, cosa muy común en la salida del río Marañón ó